

RECONQUISTA

PRIMERA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

—¿De quién es este paraguas?... ¿No es el tuyo, Gustavo?—inquirió Aurelio desde el umbral del zaguán, de par en par abierto y alfombrado de hojas marchitas y quemadas de rosas y violetas, de ramas mustias; oliente á olores desagradables, de ácidos evaporados, y al olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza; los olores, ramas y hojas que habían dejado á su paso las coronas, las cruces, la muerta que acababan de sacar de la casa y que allá iba, dentro de su ataúd, en hombros de cuatro mozos uniformados de la funeraria, rumbo, primero, á los tranvías empavesados de negro que aguardaban en la esquina al cuerpo y á los dolientes; rumbo, después, al cementerio.

Sin duda el interrogado contestó afirmativamente, pues Aurelio apoyó los dos paraguas contra el muro, mientras se doblaba los extremos de su pantalón á fin de preservarlo del barro de la calle y de la nevia llovizna que, desde en la mañana, entristecía la ciudad; luego, subióse el cnello del abrigo y corrió á juntarse al grueso de los asistentes, sombrero en mano, bajo una muchedumbre de paraguas desplegados, que lentamente caminaban en pos del féretro, por la mitad del arroyo.

F. GAMBOA

Una treintena serían los que se encaminaban al sepelio; el reducido núcleo de intelectuales de verdad, que á pesar de todo viven y trabajan en esta buena ciudad de México; amigos y parientes de Salvador Arteaga, el pintor talentoso quedado viudo y con dos chiquillas, como dos serafines, procreadas durante su relativamente corto matrimonio.

Al llegar el cortejo á la esquina, en tanto se instalaba á la muerta dentro de la carroza, los más se volvieron á mirar á Salvador por última vez, en medio del ancho balcón del estudio; su cuerpo de varón fuerte, llenando el marco; su revuelta melena negra, desafiando á la llovizna; erguido; llorando á plena luz, sin tapujos, dejando que sus lágrimas resbalaran por los breñales de su barba recia, con sus dos hijitas de la mano, una á cada lado, impresionadísimas con el suceso que aturdió sus infancias precoces. Algunos lo saludaron, desde lejos, y él contestó á todos, á los amigos y á su muerta, con expresiva inclinación de la testa; en seguida soltó á las niñas, que se le asieron de las piernas, y dobló el busto, encima del bandal, cuando los tranvías arrancaron.

Fueron las niñas las primeras que se calmaron, súbitamente, sin que nada ni nadie las distrajesen de su duelo medio consciente por infantil, en esta apartada casa de este barrio distante y en formación. La calle, aún no era tal, mal grado el edilicio azulejo guindado en la esquina y rezando muy serio en sus blancos caracteres regulares: «2.^a Calle de los Flores»; mal grado el foco eléctrico que á la placa quedábale frontero. Las aceras aún no se descubrían. El empedrado, en proyecto, sólo á un lado y á otro amontonados guijarros, como barricadas recién destruidas por un obús, y á los medios, polvo en tiempo seco y barro en tiempo de lluvias; en todas estaciones, altos y bajos,

RECONQUISTA

hoyaneos, cordilleras diminutas—las que formaban las anchas llantas de los carros que lo cruzaban á punta de latigazos de carreros, de jadear de mulas y de estruendo de los cargados vehículos toscos levantando polvaredas densas;—grandes huellas de pies humanos y descalzos, de cascos de caballos, de pezuñas de las vacas y terneros que á diario la recorrían á los dos crepúsculos, ensordeciendo los ámbitos con sus mugidos, camino de la ordeña al salir el sol, y camino del establo al ponerse. En vez de casas, tapias y tapias que ocultaban los solares yermos; por total de edificios habitables, la casa de Salvador y otra en la acera opuesta. Edificios en construcción, tres, creciendo dentro de los andamiajes, y simulando, al pronto, arboladuras de fantásticas embarcaciones desmanteladas.

En compensación, exceso de ruidos, los que la vecina estación del ferrocarril «Central Mexicano» difundía en sus contornos sin parar á hora ninguna: resoplar de calderas; silbidos estridentes, agresivos casi, de vapor escapado; tañer de campanas monótonas, todas iguales, anunciando las partidas y los arribos con una misma lengua insensible al júbilo de los arribos y á la melancolía de las separaciones... ¡tam, tam! ¡tam, tam!...; pitazos de locomotoras, cortos, largos, entrecortados, angustiosos todos, los largos particularmente, por las noches, que, diríase, sonaban á agorerías y á lamentaciones de sabe Dios qué infinitas desdichas sin remedio...; chirridos de ruedas sobre los rails, al mudar de vía; arrastradura de cadenas; rodajes precipitados y lentos de plataformas, furgones y coches, con sonido como de quebrantamiento, á su paso por las agujas de los cambios... Todo ahí, en las narices; y seis veces en cada veinticuatro horas, con estruendo de fábrica de hierro que sacudiese un vendaval monstruo, entrar y salir de los convoyes de carga y de pasajeros, con

F. GAMBOA

demasiada velocidad ya, á causa de que á unos metros antes de cruzar las calles de los Flores, el enorme «patio» de la estación se ha concluído y los trenes las atraviesan á desenfrenado correr de ángeles rebeldes y expulsados de algún paraíso contemporáneo. En esas seis veces, retemblaba la casita de Salvador cual asustada de ruido tamaño para ella incomprensible.

—¡Papá!..., ¡papacito!...—dijo una de las niñas,—¿y no ha de volver ya?... ¿No ha de volver nunca?...

—¡No, nunca más!—les contestó Salvador, enderezándose y á entrambas dirigiéndose.—¡La hemos perdido para siempre, ustedes y yo, para siempre!...

De oirlas que de nuevo rompían á llorar, amedrentadas por aquel «para siempre» que no entendían á las derechas, pero que imaginaban tremendo; de sentir sus cabecitas y sus ropas humedecidas por la lluvia, que no aumentaba ni disminuía; de considerarlas huérfanas en su edad y con su sexo, bajóse á ellas conmovido, y, luego de cargarlas en sus brazos, juntos los tres semblantes llorosos, mezcladas las tres cabelleras en lamentable y apretado grupo, entró con ellas en el estudio que se oscurecía lentamente, yendo á refugiarse en el rincón más obscuro, el del diván que entre su mujer y él habían ideado y ejecutado unos cuantos años atrás, cuando el jocundo estreno del domicilio, al fin propio, construído palmo á palmo, muy despacio, en consonancia con lo que tardaban en ahorrar peso á peso los pesos y pesos que la vivienda valía.

Instaláronse los tres en el mullido mueble, el testigo bonachón y cómodo que tenía presenciadas y sufridas una porción de cosas: llantos y dormires de las niñas, cuando muy chiquillas; risas, saltos y escondidas, de cuando crecieron; siestas, reflexiones, desalientos y holganzas del artista; costuras de la mujer; medicinar de la madre á las

RECONQUISTA

hijas enfermas; esperas de la esposa cuando su voluntarioso niño grande se recogía tarde, por culpa de los amigos ó por culpa de su temperamento inquieto; admiraciones mudas de la compañera, mordiendo el gancho de la interrumpida labor doméstica, frente al avance de los cuadros, frente á las pinceladas geniales que arrancaban al pintor gritos de júbilo, silbidos de «golfo», viajes hacia atrás hablando solo, blandiendo paleta y tiento, para mejor juzgar del efecto...; el ancho diván que tenía presenciadas y sufridas, allá, en sus mocedades, hasta discretas y encantadoras entregas de la amante al marido, joven y fuerte, que las solicitaba con autoritario reclamo dulce de súplicas y besos que nadie oía de afuera, que se posarían en los cuadros, en las armas, en las curiosidades y en los tapices del cuarto de trabajo, de luz y de ensueño.

Allí se instalaron el viudo y las huérfanas, sin separarse, descansando los desmazelados cuerpos en los cojines muelles, que parecían querer consolarlos según lo que se les amoldaban en los torsos encorvados y en las cabezas trémulas que en ellos se hincaban, para más sollozar, hundidas en su pluma.

El estudio naufragaba en las sombras. Los cuadros inconclusos, sin marco, y los concluídos, con sus molduras de oro, fundían sus tonos, esfumábanse y perdían la precisión del dibujo y la dulzura acariciadora del color; dos ó tres bronce, aquí y allí, sobre repisas y coronamientos de pupitres monacales, se desvanecían en su propia pátina antigua y mustia, en la vieja pasta de las maderas á medio apolillar que los sustentaban ó en el papel mate y avellanado que cubría los muros. Las armas de la panoplia, cuyos anchos y filos peleaban de día con los oblicuos rayos empolvados de sol, ahora tenían, á modo de cubiertas diáfanas, opacidades que en pacíficos é inofensivos

transmutaban á los aceros, á los arabescos embutidos de plata, á los gavilanes y conteras pavonados, á los nácares y gemas de las empuñaduras. Al través de los cristales del arrinconado estante arcaico, con esfuerzo se divisaban los títulos dorados de los volúmenes en filas, que no se acertaba á determinar, sólo los títulos y los nombres de autores divisábanse como fosforescencias imprecisas. El único mármol del estudio, una Venus de Canova, encima de un trípode de escultor, por lo que con las paredes, en aquella parte colgadas de telas, se confundía, creeríasela deseosa de emparedarse.

El catafalco, pensado y adornado por Salvador en persona, se veía, desierto, aún más espantoso que hacía unas horas soportando el cadáver de Emilia; aterraba á las niñas, que, con enojos, lo miraban de soslayo, cual si le reprocharan que hubiese consentido en que extrañas manos lo libertaran de la preciada carga y que, ahora, con sus fúnebres paños negros y sus cuatro cirios apagados, amarillentos y rígidos, les convirtiese en odiosa la habitación favorita de la familia.

Esta ocurrencia de tender á su muerta á mitad del estudio, había sido sola y exclusivamente de Salvador, un último tributo de artista y de amante; tenderla ahí, donde él engendraba sus cuadros, donde padecía y gozaba con las alternativas que exaltan y deprimen á los cerebrales en el sitio en que conciben, ejecutan, corrigen y vencen.

El tramonto continuaba aumentando y sumergiendo el taller en la sombra. Vagaba en su atmósfera el mismo olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza, más acentuado que en el zaguán, y el olor desagradable de ácidos y desinfectantes evaporados, de flores y hojas marchitadas por el confinamiento, que se agravaba con el de los cirios recién apagados, que en la

estancia ardieran un día entero y una entera noche. Por junto al catafalco, y en reguero hacia la puerta del corredor, pétalos agostados, ramas torcidas, secas hojas crujientes; los desprendidos de coronas, ramilletes y cruces enviados por los amigos ó comprados por Salvador para cubrir de flores—como en efecto lo estuvo—el túmulo de Emilia. Encima de éste y de través, el viejo Crucifijo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, que la esposa exigió en su agonía, con la indebida preferencia que sin conceptuarla idolátrica, nutren los creyentes sencillos por determinadas imágenes:

—¡Mi Cristo, Salvador, que me muero!... ¡dame mi Cristo! el que yo traje!... ¡con el que murió mi madre!...

Y con el mismo Cristo murió Emilia, entre sus manos enclavijadas, mirándolo, mirándolo cuando ya ni á sus gentes miraba; cuando la agonizante cabeza, cual si se le rompiera oculto resorte que al tronco sujetárala, se desplomó en las almohadas, volviéndose al hombro izquierdo en tétrico escorzo, y así permaneció unos cuantos segundos, hasta el de su tránsito.

De través había quedado el Crucifijo, encima del túmulo de Emilia, después de sacado el ataúd, después de celebrar con ella nupcia castísima toda una noche sobre su cuerpo muerto, sobre su bendecido seno, ya exangüe, que amamantó dos vidas, sobre su vientre sacro de madre... ¡Nupcia castísima!... El Cristo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, velando el cadáver, abiertos los brazos por crucificado y por mejor amparar, con sus omnipotentes misericordias inagotables, la ascensión de esa alma que á él se había dado desde niña y virgen.

Sólo destacábase de las sombras en que el estudio continuaba sumergiéndose, luminosamente, el lienzo del caballete, un desnudo de mujer, casi de tamaño natural, que

F. GAMBOA

parecía beber los escasos átomos de luz que aún vibraba en el taller y con ellos cubrir las carnaciones borrosas de los muslos combados, de los senos semicultos por las magnificencias de la crinada cabellera negra y suelta que se adhería á las curvas como reptil amaestrado y sensual, y que, á modo de manto, ensanchábase en el mórbido dorso, se retorció luego en el brazo en que el busto se apoyaba, y en el anca redonda y soberbia amontonábase gloriosamente. No nada más por la escasez de luz del taller, sino por intento del pintor y exigencia del asunto—qué se yo qué simbolismo empapado de ideal, que el título quizá haría más comprensible,—el rostro de la mujer no alcanzaba á descubrirse, apenas la oreja y algo de la mandíbula, el cuello vuelto, una de las comisuras de los labios, por la otra parte, que lo mismo podía suponerse que refan, ó afligidos contraíanse, entreabiertos. La figura, en pie, luciendo todos los encantos de la espalda, todas las esplendideces del ensanche del talle, hacia abajo, de la cintura á las corvas; la cadera redonda y amplia de hembra prolífica y sana; los dombos de la grupa carnosos, protuberantes, en su tentador descenso elíptico exclusivamente femenino y supremamente bello... El resto, por concluir: los pies, ni dibujados todavía, en los limbos blancos de la tela manchada de pinceladas de prueba, que se borran conforme la obra avanza; el brazo derecho, extendido hacia la altura, con algo en el puño cerrado; la academia toda en extraña actitud... ¿oblación?... ¿holocausto?...

Aumentaban las sombras. Por el balcón abierto llegó la noche; asomóse cual si titubeara en entrar de un golpe, detúvose á manera de persona que desconoce un sitio en el que es fuerza que entre; hasta que, satisfecha del local, en él penetró y se instaló á sus anchas, completamente. Salvador callaba y las niñas dormitaban arrimadas á su

RECONQUISTA

padre. La lluvia persistía, tenaz y muda, ahora tamborileaba en la vidriera, y en la calle apartada y silente á llanto sonaba su caer; á Salvador antojábasele que repetía las palabras postrimeras de Emilia, su doble recomendación desgarradora y piadosa de moribunda joven que sólo por creyente, confórmase, aunque á duras penas que no osa formular, con partir de la vida tan temprano y con trocar por el silencio, el frío y la soledad del sepulcro, el alegre clamoreo de un hogar naciente, el calor de un esposo que ama y la compañía incomparable, por dulce y única, de los hijos que ríen de crecer y lloran de reir... Oía Salvador tales palabras, susurradas por la lluvia que por los cristales resbalaba:

—¡Recuérdame y rézame!...

¿Recordarla?... ¡Ya lo creo que la recordaba, que la recordaría mientras su memoria funcionase! Y desde luego, acariciando á las chiquillas adormecidas á sus flancos y de tiempo en tiempo sacudidas por sólozos retrasados que no pudieron salir faltos de espacio cuando salían tantísimas lágrimas en cada crisis del copioso llorar infantil, Salvador era impotente para distraer su pensamiento. Pensaba en Emilia, muerta, mucho más de lo que pensaba en Emilia, viva ¡oh, pero mucho más! Y en el acto, tornábase aquello un despiadado acarreo de recuerdos que la memoria extraía incansable de los últimos rincones del cerebro, en su prodigioso ir y venir de depositaria incapaz de hurtarse lo de mayor precio ni de esconder lo más nimio. ¿Quería recuerdos, eh?... Pues ahí los tenía en el mismo momento, á millaradas, hasta los que él, el dueño, no recordaba ya; los que no quisiera recordar; lo grato y lo ingrato; lo placentero que nos invita á sonreír á solas y lo reprobado que nos fuerza á volver el rostro, temerosos de que alguien se entere, leyéndolos al través de la pared.

F. GAMBOA

impenetrable de nuestra frente. ¿Que salían un tanto mezclados, los de ayer junto á los de hacía años, junto á los malos los buenos?... ¡Claro! Siendo cuantos eran ¿de qué otro modo habían de salir, sino amontonados y confundidos?... ¡Arreglárlos y ordenárlos él, si podía, que no habría de poder!

No podía, en efecto; y si antes no domeñó su propia memoria, ahora tampoco domeñaba su propia voluntad, que, á su antojo, poniale por delante nó los recuerdos que él hubiese apetecido, mas los que ella aseaba y sacudía para que mejor reviviera él los sucesos en ellos amortajados. Ocioso resultábale cerrar y apretar los ojos para ver más á las claras, por dentro, lo que anhelaba ver; del hacinamiento de recuerdos desprendíanse otros diversos. De ahí que en vez de pensar más en su vida conyugal recién rota, en lo que sería de él en su viudez prematura, y de sus hijas en su orfandad erizada de duelos y peligros, que era lo natural, nó señor, de un salto la memoria fué y le trajo recuerdos lejanos, la historia de su idilio, la de sus progresos y adelantos al lado de la sufrida compañera, ¡como si ésta no hubiese muerto!...

Quieras que no, revivió, primero, su infancia provincial, al amparo de la parentela menesterosa y labradora, propietaria de modesta heredad; su aprendizaje á leer y á escribir protegido por el cura á quien ayudaba la misa matinal de la parroquia lugareña, cobrando la ayuda en especies: tragos del Jerez para consagrar, bizcochos untados de manteca del desayuno del maestro, que, según el humor, reía de tales desmanes ó los castigaba con puntapiés, coscorrones y cachetes—salvo si de merodeos del huerto tratábase, que entonces le propinaba campesinos tirones de orejas, las que le quedaban echando fuego, rojas como amapolas rojas. Recordó sus primeros pasmos infan-

RECONQUISTA

tiles, frente á la beldad de la naturaleza: sus alegrías ante los amaneceres, sus mutismos contemplativos ante los vespertinos crepúsculos, sus predilecciones por el río, por los sitios agrestes, los claros de los bosques, las tempestades del otro lado de la cordillera que al Sur limitaba su valle natal, ó desencadenadas sobre los picachos y crestas de los mismísimos cerros, verdes de árboles, de zarzas y de grama, y azules de nubes, de lejanía y de altura; todas las palpitaciones iniciales del artista futuro cuya predilección por el color y la luz, por el paisaje y por lo natural, por la vida palpitante, habían de perdurar, de darle ese sello de verismo á sus cuadros, que aun sus enemigos y malquerientes tenían que reconocer y aplaudir... Luego, ya grandulloncito, pero todavía encogido y zafio, veíase camino de la capital de su Estado, caballero en una mula para carga aparejada y parte integrante de la recua de unos arrieros que conocían á sus padres y á él lo tuteaban, que con él compartieron su picante yantar montañés en medio del bosque, á la sombra de un castaño y á la vera de un arroyo en el que sucesivamente bebieron hombres y bestias; un viaje típico, de los que han ido desapareciendo poco á poco, viaje á la española antigua, de los buenos siglos iberos. En la capital de su Estado, el ingreso al instituto por cuenta y orden del gobernador, más amigo—sin serlo mucho—que pariente de la familia; su primera juventud, su vocación decidida por el dibujo; ¡sus dieciocho años!... El regreso á la tierra, á despedirse de los viejos que á encaminarlo salieron, hasta el puente, y que, al volverse él sobre la grupa del cuartago alquilón para enviarles por los aires un último adiós—¡de veras el último!—se abrazaron ellos en llanto deshechos, juntando sus dos ancianidades á fin de mejor resistir esa tremenda amputación necesaria de la entraña que amaban más, en la

que habrían soñado reposar el peso indecible de sus muchos años, y en su regazo cerrar los ojos, cuando tornaran, ¡que pronto sería! á la tierra de que habían salido y de que eran hechos... Su arribo á México, á la Academia de San Carlos, á consagrarse al arte, siempre pensionado mientras los estudios durasen, por el gobernador Mecenas, que así retribuía sabe Dios qué servicios ignorados, á los ancianos menesterosos y labradores, menos parientes que amigos suyos.

En México, los años corriendo desbocados, como los potros de sus dehesas nativas. La gran ciudad, pecadora y viciosa, ganándose con priesa grandísima al huésped novel de ella enamorado; mostrándole hoy un defecto y mañana una virtud, una belleza ahora, un lunar después, y hoy y mañana, después y ahora, cautivándolo y cautivándolo; desnudándole, por lo pronto, de sus resabios de lugareño; vistiéndole en segna cuerpo y espíritu con ideas y ropas hechas, que, en un principio, no hicieron mella en sus creencias católicas ni en su atlética complexión de muchacho rural y robusto. Sin duda su cuerpo fué más resistente que su espíritu, pues las ropas hechas y baratas con que lo cubría no lograron deformárselo, ni siquiera amenguarle lo viril y harmónico del conjunto: el mozo quedó guapo, alto, ágil y fuerte, sin otra novedad que el nacimiento de una barba tupida y sedaña que de perlas íbale al rostro moreno y pálido, y que él dióse á usar á la *nazarena*, á par que dejaba crecer su cabello más de lo ordinario, en infantil acatamiento imitativo de los escultores, pintores y arquitectos en agraz de la Academia, que en la forma dicha portaban cabelleras y barbas, para *caracterizar* su profesión de artistas. Por idéntica razón, vestía Salvador anchos pantalones, saco holgado y abotonado hasta el cuello, corbata flotante, de nudo de mariposa, y sombrero blando de amplias alas

y copa hendida: el pergeño convencional de los artistas europeos que los diferencia del común de los mortales.

Pero si su cuerpo no sufrió mutaciones perjudiciales, cosa distinta acaecióle á su espíritu: todas las ideas hechas y baratas—¡sobre que la instrucción oficial y laica es gratuita!—de las escuelas superiores á que concurría, ideas demolidoras é iconoclastas ¡ni una sola creadora!..., fueron inerustándose y modificando su manera de ver y de pensar. ¡Cómo derribaban, Señor Dios! ¡Cómo echaban abajo, de un azadonazo verbal é imaginativo, el edificio de sus creencias, tan sólido al parecer, tan incommovible!... ¡Aquellos catedráticos, más que depositarios de la Buena Nueva, simulaban albañiles ignaros, de los que manejan el zapapico y en un santiamén destruyen en cuadrilla los más resistentes edificios y las más venerandas fábricas. ¡Cómo golpeaban, Señor Dios, con qué furia de irresponsables atacados de la manía de la destrucción, demolían, demolían á tontas y á locas, sin levantar nada serio en el lugar de las ruinas, sin preocuparse de los escombros que sin concierto amontonaban dondequiera, ni de las ilusiones, esperanzas y candores que hacían añicos, menos porque de veras creyeran en las atrocidades que aventaban á todos los rumbos sin curarse de resultados ni de ofrecer nada en cambio, que por no perder los codiciados y flacos sueldos de las cátedras! Nunca les oyó Salvador decir: «Creed en esto, que es mejor que estotro, por esta ó aquella razón!...» ¡No!, decían sólo: «¡No creáis en nada!...» Y se marchaban tan satisfechos, para recomenzar al día siguiente la ingrata tarea, meramente animal y fisiológica, de acallar, con el producto de su ciencia sin comprobación, sus hambres atrasadas de advenedizos salidos de todos los rincones oscuros y de ambiciosos al asalto de todas las alturas. Uno, dos, veinte cuando mucho serían los honrados, los convencidos

F. GAMBOA

y los sabios que de buena fe suponían realizar obra buena; el resto, la gran masa de preceptores de niños y jóvenes (Salvador habíalo comprobado más tarde, armado de los escepticismos que los propios catedráticos suyos y ajenos habíale infiltrado), como una piara de cerdos aniquila y enloda un sembrado de violetas que por desdicha atraviesa, así enlodaban y aniquilaban las almas infantiles y las juveniles conciencias confiadas á su guarda.

En los comienzos, Salvador resistió ¡vaya si resistió! sobre que los cimientos de sus creencias habían sido plantados por su madre en persona: la señal de la Cruz, que instintivamente dibujaba al acostarse en las sombras de su cuartucho de estudiante; las plegarias simples que tanto encierran y que no se le borran á pesar de maestros y de condiscípulos librepensadores; la íntima y enraizada creencia en Dios, sembrada en los bordes de su cuna por los trémulos labios de su madre, que de Él le hablaba á ciencia cierta ¡los labios de su madre, en los que jamás se anidó una mentira!... esto, lo hondo, lo que no es fácil desechar, á menos que no también se deseche lo que informa nuestro sér material y moral, esto resistió días, meses, hasta que por remate, á tanto dale que dale de los profesores, á tanto anda y anda de los años, ó vino abajo igualmente ó muy mal parado quedaría, cayéndose, débil y flojo, al igual de esos clavos muy hincados en las vigas más principales de los edificios que se arrasan, y que por mirarlos á punto de caer, á nadie le ocurre acabar de arrancarlos. Salvador, joven, y prendado de preferencia de los pinceles y del color que de libros y enseñanzas de universidades, desertó el aula y se encasilló en la Academia, consagrándose á pintar de verdad, como artista que era hasta la médula; y si alguna rara vez pensaba en qué ya no creía en nada, con el peculiar indiferentismo de los jóvenes fuer-

RECONQUISTA

tes y sanos, reía del sucedido, casi alegrábase de no tener compromisos ni obligaciones para después de muerto. Viviría de esa suerte: libre, pintando, amando, sin pensar siquiera en lo que á sus viejos, muertos entretanto, les hubiese acaecido «del otro lado», supuesto que el tal era cuento para dormir á chiquillos; sin pensar en lo que de él sería al estirar la pata... ¿que qué sería de él? Lo mismito que de los que nos ganan la delantera y de los que á la zaga se nos quedan:

—Nada, hombre, nada; podredumbre; gusanos, polvo; y que ustedes pasen muy buenas noches.

—¡Papá, papacito!... ¿Y ni dormidas volveremos á verla?...—le preguntó despertándose una de sus chiquillas, que quizá habría soñado con Emilia.

—¿Dormidas?...—repitió Salvador muy piano,—dormidas, sí, pero no porque ella vuelva, sino porque...

Y no se atrevió á avanzar, prefirió acariciar á su hija, estrecharla más, y él seguir hojeando los muchísimos recuerdos, aún por revisar, que aguardándole estaban en la memoria.

La misma de antes. Los recuerdos que pretendía hilvanar, no parecían ya; ofrecíansele ahora recuerdos diferentes: los de su noviazgo y matrimonio, algo borrosos no obstante que de ayer databan, con una claridad que otra: su esposa vestida de blanco, la marcha nupcial tocada de obsequio por unos amigos que formaban un quinteto en boga; su indiferencia frente á la pompa de la ceremonia eclesiástica, que tanto contrastaba con el fervor y emoción de Emilia... Luego, una extensa laguna... ¿Qué sucedió después?... Más borrosas, pero dulcísimas todavía, reminiscencias incompletas de la noche de bodas, como fragmentos de un gran cuadro: pudores virginales que deshojó, negativas corporales é instintivas que vencían sus besos,

F. GAMBOA

instantes de dolor fugitivo, la conjunción ideal de dos enamorados, la comunión sagrada de la carne, el cansancio delicioso y el casto sueño lado á lado... Luego, el despertar del día siguiente, algo más tarde que de costumbre, cuando el sol tocaba materialmente en la ventana de la alcoba, á juzgar por lo que las maderas crujían y por los chorros de oro que goteaban de sus hendiduras y rendijas; la sorpresa del cerebro que sale de los sopores del sueño y que, no habituado á vecindad tan grata, al tropezar con ella, cueлга de nuestros labios las mejores sonrisas que tenemos guardadas, enciende en nuestras pupilas las miradas más tiernas que van y encuentran los ojos de la esposa, ya abiertos y en acecho de esa primer mirada de cariño, y derrama por nuestro cuerpo íntegro una encantadora quietud que prolongamos mientras la fantasía, «la loca de la casa», se echa á levantar aéreos castillos de feliz existencia futura que no habrá de concluirse... Cual simbólico augurio, Emilia y Salvador encontráronse á su despertar con las manos asidas; y con las manos asidas permanecieron, en muda y recíproca ratificación de sus ofertas mutuas: irse así por el mundo, de la mano; de la mano recorrer los contrarios senderos y las enrucijadas traicioneras del vivir; no soltarse; caminar así, para que si uno tropezaba ó caía, lo levantara el otro, y para que si el tropiezo ó la caída era de magnitud tal que impidiera el levantarse, los dos cayeran juntos, lado á lado, y por cima de sus cuerpos pasaran las fieras de nuestros semejantes y las crueles iniquidades de esta vida...

Salvador, muy conmovido, inclinóse á uno y á otro lado, sobre sus hijas dormidas, cuyas cabelleras besó quedamente luego de abrir las malezas de su barba con entrambas manos, las que, en las sombras en que ya el estudio hallábase sumergido, parecía que conjuraban—¡y quién sabe si

RECONQUISTA

no en efecto conjurarían!—los riesgos remotos que desde puntos invisibles podían amagar para ignorados males á esas dos cabecitas idolatradas.

Imposible seguir devanando el ovillo de sus recuerdos que se le enmarañaban, en la memoria... No recordaba con detalles el nacimiento de las niñas, que causaron, sin embargo, el de la primera particularmente, un inmenso júbilo á pesar de que el sexo de la criatura los contrarió un tanto. ¿De dónde habían sacado la certidumbre de que sería varón?... Veía, sí, resplandores de aquel júbilo que irradiaban aún, á la manera con que irradian en los firmamentos límpidos, mucho después de puesto el sol, los haces rojizos de la diadema astral. Lo que con precisión mayor veía era la fabricación lenta del nido propio, de la casa esa que bien poco disfrutó la muerta, su única autora; pues si no es por ella, jamás Salvador, manirroto y pródigo, habría podido levantar ni un solo techo. Una positiva epopeya la realizada por Emilia, que lo obligó á él á disminuir cervezas, sus préstamos sin reintegro y sus dádivas sin gratitud á la patulea de maleantes y pseudo amigos que no se le separaban porque sabíanlo blando de corazón y no duro de bolsillo. De cada cuadro, Emilia reclamaba un diezmo en son de broma: «De este *encuerado*, me regalas una pierna...; de esta vaca, la ubre...; de ese viejo, las canas...; de esos desarrapados, la mitad de sus andrajos...» Y según lo anunciaba, cumplíalo; de las manos quitábale el dinero, mañosamente, haciéndole muecas y guiños á espaldas del comprador. Para que Salvador no le cambiara los precios, presenciaba los ajustes; declaróse tenedora de libros—unas hojas de papel de cuentas sin encuadernar, en las que de veras apuntaba las «entradas» y las «salidas», el «debe» y el «haber», aunque todo en falso, que el mejor libro estaba en su cabeza de mujer económica y jui-

F. GAMBOA

ciosa, y la mejor caja en los escondrijos de su armario, inhallables para Salvador cuando pretendía saquearla... ¡Qué época de fiesta y de dicha!... A las veces, Salvador enseriábase, él era el hombre, el marido; quería dinero, compromisos, negocios.

—Afloja veinte pesitos, fiera, que los necesito en serio, anda!

¡Como si á las paredes los pidiese! Ni un centavo le soltaban. ¿Acaso no se reservaba él la mayor parte del producto de los cuadros, diz que para colores y para lienzos y para barnices y para... la calle, los amigos, las llegadas tarde en coche, con los ojos muy cargados y la lengua de muchacho de escuela que deletrea las palabras y tartamudea las sílabas? El nublado se deshacía, convertíase en correteo de chicos, la paleta y los pinceles por el suelo, por el suelo la costura, Emilia defendiendo el tesoro, Salvador persiguiéndola hasta no alcanzarla y comérsela á besos, en el cuello, que la cosquilleaban y hacían chillar, de espaldas al barandal del corredor, á la hoja de alguna puerta:

—Suéltame, Salvador, suéltame, que llora Magdalena...

—Déjala que lllore, se desarrollará del pecho... ¡O pesos ó besos!...

Y no era cierto que Magdalena llorara; Magdalena, medio desnuda sobre el diván del estudio, gorda y sana, pugnaba en su momentánea soledad por engullirse sus piececitos descalzos, y, de no lograrlo, se desquitaba con chuparse los puños, con mirar al techo muy seria, y con decir una porción de cosas en su barbotar infantil:

—Agú... agú...

La casa fué surgiendo, á pedazos, con interrupciones que de tiempo en vez se prolongaron más allá de lo que apetecía Emilia y de lo que procuraba que no se prolongasen. A los principios de la edificación, no creía Salvador

RECONQUISTA

en la posibilidad de transmutarse en propietario; mas conforme la construcción avanzó y el proyectado inmueble adquirió vida y forma, á la evidencia halagüeña tuvo que rendirse, y de bonísimo talante acompañaba á Emilia á ver cómo la casa crecía, lo bien que se mantenía en pie, las carcajadas que á los aires lanzaba por huecos de balcones y ventanas, desprovistos aún de maderámenes y vidrieras. Los momentos que Salvador hurtaba á su pintura y Emilia á sus quehaceres, consagrábanlos al «palacio», al que trepaban por los andamios en difíciles y arriesgados equilibrios, en los que recorrían los esqueletos de los pisos, asomándose, por último, desde adentro, á los balcones y á las puertas, cogidos de boquetes y rebordes.

—¿Quieres ver en lo que se convirtieron las canas de tu viejo?—le preguntaba Emilia triunfante,—pues ven acá, miralo, tíentalos para que te convenzas de que son de verdad...

Y Salvador tenía que dar la vuelta completa, tocándolos todos y sopesando algunos, el millar de ladrillos apilados junto á la mezcla, ó los costales de arena y de cal, ó las tablas apoyadas en los todavía enanos muros.

Cuando la vivienda, según el sentir de Emilia que la mimaba y acariciaba cual si persona fuese, muy avanzada ya, «sólo hablar le faltaba», Salvador se entusiasmó, procuróse un préstamo en un banco, para cuanto antes habitarla, é impúsose la tarea de decorarla, de contribuir con su parte á fin de premiar los esfuerzos de la mujer. Pintó plafones y puertas, al óleo, al fresco el corredor y la entrada, y al temple el baño; estucó la fachada, dos ó tres techos y la salita para Emilia.

Sin ilación, de un salto tremendo se despeñó Salvador de aquellas plácidas reminiscencias incompletas, para encasarse, como siempre acaece en casos tales, con el miste-

F. GAMBOA

rioso problema de la muerte... ¿Por qué nacer para morir, y por qué morir, de ordinario, en el instante que menos falta nos hace?... ¿Para qué engendrar?... ¿Qué hacían allí cobijadas, bajo sus brazos impotentes de hombre—á pesar de ser él cual era: fuerte, trabajador y joven,—qué hacían allí sus hijas, sólo en espera de quién sabía cuántos mayores duelos, en inevitable é injusta marcha forzada hacia la muerte?... No recriminaba, ni acusaba, ni pretendía explicaciones ¿á quién ni con qué objeto?... Teníanle enseñado que tal es la ley, que fuera de la transformación de la materia, que es eterna, del «otro lado» del sepulcro está la nada ¡¡la nada!!... Y ahí dolíale, ahí, en esa nada que bruscamente venía y tronchaba *para siempre* dos cariños, dos vidas que juntas luchaban y gozaban juntas; una enfermedad cualquiera rompía la unión, casi la destrozaba con lo brutal del tirón inesperado, y cargaba con una de las dos vidas, afeándola y pudriéndola á cruel priesa, para que hasta repugnancia física inspirara en la vida que se quedaba trunca; ya regresaría en su busca otra enfermedad, ó la misma, ó un accidente, algo despiadado, insensible, inoportuno, imperioso.

—¡Hala!... ¡Al pudridero tú también, que ya aquí sobras!...

Todavía en las épocas primeras de su orfandad, cuando aún creía en el alma, ¡ah! entonces Salvador rezó por el supremo descanso de las de sus padres, les encendió ceras, les ofrendó rosas y en su intención aplicó piadosos sufragios. Pero á partir de su «evolución», de su salida triunfal del «período teológico», condoliéndose de sí mismo abolió tales prácticas de primitivo y analfabeta, que, á los ojos de una sana razón, de un criterio científico, resultaban grotescas, idolátricas, estériles; no encendió más cirios ni aplicó más sufragios ¡á otro perro con ese hueso!, y

RECONQUISTA

dentro de su natural ingratitud de hijo, se conformó con que los despojos de sus padres se trocasen en lo que las condiciones del terreno que los encerraban permitieran buenamente; se conformó con que sus almas quedasen privadas de la plegaria filial y sólo pensaba en ellos cuando vivos, dado que el culto de los muertos, destructor en gran parte del vacío de su ausencia, era patraña pura al decir de autores, libros y maestros. Dolíale sentirse compelido á considerar que Emilia se había concluído—concluído definitivamente!—habría preferido también rezarle á ella..., y, en un último deseo de artista, anheló que sus restos, en flores siquiera se convirtieran... ¡Pobrecilla!...

Por cuarta ó quinta vez intentó ahuyentar una sensación que por desnaturalizada diputaba, sin fundamento serio ni antecedentes que la justificasen. ¡Había amado á Emilia, eso se hallaba fuera de duda, lo mismo que el que su muerte causábase dolor sincero y hondo! ¡Habíala llorado, continuaba y continuaría llorándola hasta que el tiempo transformase el dolor irreflexivo é irrazonado de los primeros momentos, que entontece y aturde, en un dolor más reconcentrado é inteligente, que determina y puntualiza los horrores de una ausencia total sin remedio; á raíz de su viudez, tendía los brazos tratando de asir á la amada que huía, y sus labios, por efecto de la cariñosa costumbre, murmuraban como si rezasen el nombre dulce de la que acababa de partir!... ¿Por qué, pues, experimentaba la sensación desnaturalizada y grata de hombre libertado que ha extinguido una condena, ó mejor, de libertado por acaso, y en la calle se encuentra de dueño y señor de su persona y de sus actos?... ¿Por qué? si no podía conceptuar su matrimonio feliz y voluntario—hasta donde humanamente los matrimonios avenidos son felices,—parecido siquiera á una condena, dado que, durante todo él, Salvador no ca-